

SECCIÓN TEOLOGÍA

El Espíritu Santo y la comunidad cristiana en el Documento Conclusivo de Aparecida

ANNELIESE MEIS WÖRMER
Pontificia Universidad Católica de Chile
ameis@uc.cl

Resumen

La principal pregunta que subyace en esta investigación tiene como objeto la relación que existe entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana. La autora sostiene, apoyándose en el Concilio Vaticano II, que la comunidad cristiana se constituye desde los creyentes y también participa objetivamente en el Misterio de Dios a través de estructuras visible concretas, es decir, la institución eclesial. Si se quiere alcanzar una más acabada comprensión de la relevancia teológica pastoral de esta relación, el Documento Conclusivo de Aparecida aporta una valiosa ayuda. De aquí que la autora se pregunte en qué medida el Documento articula dicha relación y cuál sea su importancia teológica pastoral en el presente.

Palabras clave: Espíritu Santo, Iglesia, comunidad cristiana, Aparecida.

Abstract

The principal question that sublies in this research takes as an object the relation that exists between the Holy Spirit and the community christens. The author support, resting on the Vatican II, which the community christens it is constituted from the believers and also it takes part objectively in the God's Mystery across structures visibly you make concrete, that is to say, the institution eclesial. If there wants to be reached a more finished comprehension of the theological and pastoral relevancy of this relation, the Conclusive Document of Aparecida contributes a valuable help. Of here that the author wonder in what measure the Document articulates the above mentioned relation and which is his theological pastoral importance in the present.

Key words: Holy Spirit, Church, community christens, Aparecida.

Doctora en Teología. Profesora Titular de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Entre sus publicaciones recientes se cuenta la traducción y edición de *Alberto Magno. Sobre la teología mística de Dionisio. "Super Mysticam Theologiam Dionysii"* (2008), así como el artículo "La Antropología Teológica en el Documento de Aparecida" (2008).

Si queremos profundizar en la relación del Espíritu Santo y la comunidad cristiana, tenemos que señalar, brevemente, cómo queremos pensar el nexo entre ambas realidades, tan vitales para la teología hoy. Para esto recordemos 2 Co 13, 13 que nos habla de la «comunidad del Espíritu Santo», la *koinonia tou pneumatos*, una fórmula simple, a primera vista, pero complicada en su estructura gramatical, en lo que se refiere al genitivo¹. Entre las diferentes posibilidades de comprender este genitivo en relación con el Espíritu Santo —se trata de un intento antiquísimo²— cabe destacar dos: el Espíritu Santo es el que crea la comunión entre los creyentes —genitivo subjetivo— o el Espíritu deja participar a los creyentes en la comunión, que Él es en relación con el Padre y el Hijo —genitivo objetivo. En nuestra búsqueda no optamos por uno de los dos significados, sino que tomaremos en cuenta ambas posibilidades, por cierto, analógicas, en cuanto el Espíritu Santo es el origen de toda analogía³. Con esto no sólo postulamos que la relación del Espíritu Santo con la comunidad cristiana tiene estas dos facetas, subjetiva y objetiva, es decir, al interior del misterio trinitario no sólo es nexo entre el Padre y el Hijo, sino que también es testigo de lo propio del Padre y del Hijo⁴.

Sostenemos así que la comunidad cristiana se constituye desde los creyentes —los que creen, esperan y aman, dice el Vaticano II⁵— y también participa objetivamente en el Misterio de Dios a través de estructuras visibles concretas, es decir, la institución eclesial como lo destaca Yves Congar en su defensa de la pneumatología del Vaticano II, no del todo entendida por otros enfoques teológicos, sobre todo provenientes de la Iglesia ortodoxa⁶. Si queremos comprender la relevancia teológica pastoral de esta dualidad subjetiva objetiva en la relación Espíritu Santo con la comunidad cristiana, el Documento

¹ Cfr. G. PANIKULAM: *Koinonia in the New Testament. A Dynamic Expression of Christian Life* (Analecta Biblica 85) Roma 1979, 161 pp., especialmente, 58-79.

² A. MEIS: “Basilio, De Spiritu Sancto. El significado pneumatológico de koinonia”, en *Sapientia Patrum* 51 (Anales de la Facultad de Teología), Santiago 2000, 37-53.

³ A. MEIS: “El Espíritu Santo, origen de la analogía”, en E. Kim, E. Schadel, U. Voigt: *Aktive Gelassenheit. Festschrift zum 70. Geburtstag* (Schriften zur Triadik und Ontodynamik, 13) Frankfurt am Main-Berlin-Bern-New York-Paris-Wien 1999, 63-92.

⁴ Para una intelección más acabada de esta verdad, cfr. H. URS VON BALTHASAR: *Teológica* 3, Madrid 1987.

⁵ Cfr. LG 41. El Concilio aplica esta identificación como una especie de definición de la Iglesia, aunque menos frecuentemente que su comprensión eclesial del misterio-sacramento, LG 1.

⁶ Cfr. Y. CONGAR: “Les implications christologiques et pneumatologiques de l’Ecclesiologie de Vatican II”, en *Les Eglises après Vatican II, dynamisme et prospective: actes du Colloque International de Bologne* 1980 ed. Giuseppe Alberigo. Paris, Beauchesne 1981, 117-130.

Conclusivo de Aparecida (DC) nos presta una gran ayuda⁷. Por eso, nos preguntamos: ¿en qué medida el DC articula la relación entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana? ¿Es perceptible la doble articulación subjetiva-objetiva en este Documento? Y ¿cuál es su relevancia teológica pastoral hoy? El texto nos permite responder a estas preguntas por medio de los siguientes puntos: 1) El Espíritu Santo, origen fundante de la comunidad cristiana; 2) La articulación cristológica de la relación Espíritu Santo y comunidad cristiana; 3) La acción unificadora del Espíritu Santo al interior de la comunidad cristiana; 4) La urgencia misionera de la comunidad cristiana hacia fuera bajo el impulso del Espíritu Santo.

1. El Espíritu Santo, origen fundante de la comunidad cristiana

Si afirmamos que el Espíritu Santo constituye el origen fundante de la comunidad cristiana, debemos recordar que no se comprende, teológicamente, a la tercera persona de la Trinidad en sí, sino sólo en su relación con el Padre y el Hijo, en el sentido como el Vaticano II habla del «amor fontal»⁸ del cual brota la historia de la salvación, la alianza de Dios para con el Pueblo de Israel⁹. En efecto, Aparecida señala: «El Dios de la Alianza, rico en misericordia, nos ha amado primero; inmerecidamente, nos ha amado a cada uno de nosotros; por eso, lo bendecimos, animados por el Espíritu Santo» (DC 23). Resalta el fuerte acento sobre la iniciativa de Dios, que el DC designa «Dios de la Alianza» y que en el NT es el Padre y no la divinidad, según el estudio clásico de Karl Rahner¹⁰. El DC describe a este Dios como «rico en misericordia» —es decir, evoca la *baesed*-gracia veterotestamentaria que

⁷ Faltan estudios específicos al respecto, sobre todo, porque no se han trabajado mucho los aportes del Documento de Aparecida en su contenido específicamente teológico, salvo algunas excepciones, vid. A. MEIS: “La Antropología Teológica en el Documento de Aparecida”, en *Anales de Teología*, 10/2 (2008), 189-211. Hay análisis desde la perspectiva pastoral. Cfr. *Vida Pastoral*, n° 261 (2008). Pese a que el n° 2007-260 de *Theologica Xaveriana* lleva el título “Aparecida 2007”. *Aportes Teológicos Latinoamericanos*, los estudios presentados no analizan en profundidad aspectos teológicos específicos como gracia y pecado. Tal vez el estudio más pertinente es de P. HÜNERMANN: *Theologische Quartalschrift*, 188 (2008), 15-30.

⁸ LG 2-4.

⁹ Para el axioma clásico y bastante discutido *La Trinidad económica es idéntica a la Trinidad immanente y viceversa*, cfr. K. RAHNER: “Advertencias sobre el tratado dogmático *De Trinitate*”, en *Escritos de Teología*, IV, Madrid 1961, 105-136.

¹⁰ K. RAHNER: “*Theos* en el Nuevo Testamento”, en *Escritos de Teología*, I, Madrid 1961, 93-167.

desborda en la persona de Jesucristo, la gracia por excelencia, gracias al Espíritu Santo, el «amor» en persona. Esta iniciativa de Dios Padre, concretada en Cristo por el Espíritu Santo, se traduce en el amor, totalmente «inmerecido» hacia «nosotros», lo cual despierta nuestra respuesta de «bendición», es decir, alabanza, de tal modo que «animados por el Espíritu Santo» devolvemos aquello que hemos recibido.

Como puede apreciarse en esta recirculación de amor, es Dios quien pone el fundamento, nos anticipa «a cada uno de nosotros» con su amor¹¹. Lejos de aludir a la temida predestinación, como podríamos pensar, el DC evoca el «designio amoroso de Dios para con nosotros», que atestigua el Documento de Puebla y que se gesta al interior de la Alianza, es decir, la iniciativa amorosa de Dios para con «cada uno» tiene una dimensión comunitaria, colectiva, desde su mismo origen, pues somos parte del Pueblo con el cual Dios establece una alianza, que culminará en la Iglesia, comunidad cristiana. Esta doble vertiente individual colectiva se enmarca en el movimiento de egreso y regreso de la historia de la salvación, la economía, que se revela como donación divina al hombre y culmina en la respuesta suya al amor recibido, la «bendición», es decir, la acción de gracias. Resulta decisivo que este movimiento de circulación fundante sea «animado por el Espíritu Santo», como dice el Documento, insistiendo así en la peculiaridad del Espíritu de consumir la obra del Padre por el Hijo en los hombres a través de la historia —Trinidad económica, lo cual permite visualizar la misma función *ad intra* del misterio trinitario —Trinidad inmanente.

El origen fundante de la comunidad cristiana entonces es avalado por la concreción histórica del mismo misterio de Dios *ad intra*, Dios, quien es Padre, cuyo amor se concreta en el Hijo a través de la Alianza por el Espíritu Santo. Este misterio fundante se transforma, luego, en condición de posibilidad del discipulado, cuando el DC afirma: «Los discípulos están llamados a vivir en comunión con el Padre y con el Hijo muerto y resucitado, en ‘la comunión en el Espíritu Santo’ 2 Co 13,13» (DC 155). Se trata de un llamado a concretar el amor recibido, viviendo «en comunión con el Padre y con el Hijo muerto y resucitado». Llama la atención la insistencia en la comunión «con» el Padre y «con» el Hijo, previamente a señalar la comunión «en» el Espíritu Santo. El «en», sin duda, tiene función incluyente, mientras el «con» evoca un cierto «frente a», que no destruye al otro, sino que lo plenifica gracias al «en». Resulta significativo, que el «con» en el caso del Hijo, implica una relación con el «Hijo muerto y resucitado», es decir, involucra no sólo los momentos centrales de la economía de salvación, como tampoco se trata

¹¹ Ef 1, 3-14.

simplemente del Hijo segunda persona de la Trinidad, sino para el discípulo es constituyente la relación histórica personal con el Hijo muerto y resucitado, lo cual significa configurarse «con él», como lo ejemplifica el *syn* en Rm 8,17, texto que pone de relieve magistralmente la actividad del Espíritu Santo en tal «comunidad en el Espíritu Santo», como lo sugiere el presente texto¹².

Sin duda, en la comprensión del DC respecto de la *koinonia tou pneumatos* de 2 Co 13,13, confluye el aspecto subjetivo y objetivo de la acción fundante del Espíritu respecto de la comunidad cristiana en cuanto «discípulos». Ellos, pues, son llamados «a vivir en comunión con el Padre y el Hijo», de tal forma que viven también en comunión entre sí. Llama la atención el ligero cambio del texto paulino que realiza el Documento de Aparecida, cuando en lugar de afirmar la «gracia del Señor Jesucristo» habla del «Hijo muerto y resucitado», es decir, explicita el contenido histórico salvífico de la gracia por medio del misterio pascual. Pero, no cabe duda de que la «comunidad en el Espíritu Santo», es decir, la participación objetiva en Él, fundamenta todo, a la vez que esta «comunidad en el Espíritu Santo» es objeto de una insistente invitación a realizarla en forma subjetiva, porque los discípulos son llamados a «vivir» esta comunión en el Espíritu Santo.

De este modo, resulta evidente la síntesis de la relación fundante del Espíritu Santo con la comunidad cristiana, que establece el Documento, en cuanto interrelación profunda con el misterio de la Trinidad, cuando insiste: «El misterio de la Trinidad es la fuente, el modelo y la meta del misterio de la Iglesia. ‘Un pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo’ llamada en Cristo ‘como un sacramento o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano’. La comunidad de los fieles y de las Iglesias particulares en el Pueblo de Dios se sustenta en la comunión con la Trinidad» (DC 155). Este texto, rico en matices teológicos, pero complejo en los alcances eclesiales vivenciales, se refiere al «misterio de la Trinidad» en cuanto a una triple función, es decir, «fuente», «modelo» y «meta», por lo cual invoca no sólo las implicaciones históricas temporales de dicho misterio, en cuanto pasado, presente y futuro, sino también sus exigencias prácticas, es decir, el origen se presenta como modelo, a la vez que representa la meta, lo cual recuerda el proyecto originario de unión y participación, pero también concreta la dimensión particular y comunitaria, traspuesta a la misteriosa relación de *la* Iglesia con las Iglesias «particulares».

¹² Rm 8, 15-17.

El Documento destaca aquí el «misterio de la Trinidad» en cuanto origen fundante de la comunidad cristiana, pero especifica sus dimensiones propias más allá de ser «fuente», en cuanto «modelo y meta del misterio de la Iglesia». No se trata pues de cualquier comunidad, cuya relación con el Espíritu Santo queremos dilucidar, sino de la comunidad eclesial, formada por los discípulos, que se concretiza en la historia como «pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Pero cabe prestar atención a la centralidad de Cristo, destacada en términos del Vaticano II en cuanto «sacramento en Cristo» —LG 1— y luego al hecho de una interrelación diversificada de «la comunidad de los fieles y las Iglesias particulares» sustentada «en la comunión con la Trinidad». Emerge así la peculiar estructura católica, diversificada en «fieles e iglesias particulares», un matiz significativo para ser tomado en cuenta para la relación del Espíritu Santo con la comunidad cristiana. De ahí que resulta evidente la siguiente insistencia del DC, cuando nos hace recordar que: «a veces olvidamos que la unidad es, ante todo, un don del Espíritu Santo y oramos poco por esta intención» (DC 230).

Resalta así una significativa evocación del «don del Espíritu Santo» en cuanto acción fundante de la unidad de la comunidad cristiana. Lo cual indica que la unidad, más que esfuerzo humano es regalada previamente, y por eso, más que construirla «desde abajo» hay que conservar lo recibido «desde arriba», lo cual en ningún caso significa menos esfuerzo, pero sí un esfuerzo sustentado y animado por el don recibido. Así lo explicita también Ef 4, 1-3, al insistir en la consecuencia concreta que emerge de este don recibido, pues la acción del Espíritu Santo no sólo anticipa todo esfuerzo unificador humano en cuanto don divino, sino también se une a nuestro espíritu, a partir de la necesidad de orar «por esta intención», es decir, el don se constituye en permanente tarea posibilitada por el Espíritu Santo.

Esto vale no sólo para el momento presente, sino que se inició desde sus orígenes históricos, pues el Documento sintetiza: «La experiencia de la comunidad apostólica de los comienzos muestra la naturaleza misma de la Iglesia en cuanto misterio de comunión con Cristo en el Espíritu» (DC 547). Puede apreciarse así que no se trata de cualquier origen en la historia, que funda la unidad eclesial, sino de aquel momento privilegiado, que el Documento circunscribe a la «experiencia de la comunidad apostólica», es decir, a aquel momento cuando nace la Iglesia. Pero el DC no se conforma con recordar esta experiencia fundante de «la comunidad apostólica», sino la identifica con «la naturaleza misma de la Iglesia». El Documento afina esta verdad eclesial, cuando insiste en el «misterio de comunión con Cristo en el Espíritu», que constituye la comunidad cristiana. Se explicita así el profundo nexo entre Cristo y el

Espíritu, en el cual se inserta la comunidad cristiana desde uno de sus componentes más vitales.

En síntesis: a través de afirmaciones contundentes el Documento Conclusivo permite apreciar el vínculo fundante entre el Espíritu Santo y la comunidad eclesial en su dimensión trinitaria, desafiada por la concreción histórica pascual, centrada en la persona de Cristo y su nexa indisoluble con el Espíritu Santo. Esto significa que el Espíritu Santo no se encuentra fuera de la Iglesia en cuanto institución, sino al interior de ésta, lo cual se expresa por aquella peculiar articulación cristológica de las estructuras institucionales de la comunidad cristiana, que veremos a continuación.

2. La articulación cristológica de la relación entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana

Cuando reflexionamos sobre la articulación cristológica de la relación entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana, nos concentramos en la índole institucional de la Iglesia, fundada por Cristo. Aquí nos encontramos con un doble peligro, o negamos la índole institucional de la comunidad cristiana y transformamos esta comunidad en un grupo carismático, sin mayor ligazón jurídica, o exageramos dicha índole jurídica y el Espíritu Santo desaparece en la reglamentación canónica. El DC evita ambos peligros y ofrece una estrecha compenetración de la dimensión objetiva subjetiva a partir de la relación de la persona de Cristo y el Espíritu Santo, es decir, gracias a «Jesucristo por la unción del Espíritu Santo» (DC 14) la comunidad cristiana tiene una estructura visible y espiritual, a la vez, es decir, vive por el Espíritu. Esta interrelación entre lo visible y lo espiritual constituye la índole institucional de la Iglesia, que se concretiza en una visión realista de la comunidad cristiana, centrada tanto en los discípulos como en la persona de Cristo, Su Maestro, pero animada por el Espíritu Santo, en la medida en que los discípulos siguen a su maestro.

Esto lo describe el Documento través de los detalles históricos propios de la revelación progresiva de dicha interrelación entre Cristo y el Espíritu desde los comienzos de la vida pública de Jesús. Relata el Documento: «Jesús, al comienzo de su vida pública, después de su bautismo, fue conducido por el Espíritu Santo al desierto para prepararse a su misión (cfr. Mc 1, 12-13) y con la oración y el ayuno, discernió la voluntad del Padre y venció las tentaciones de seguir otros caminos. Ese mismo Espíritu acompañó a Jesús durante toda su vida (Hch 10, 38). Una vez resucitado, comunicó su Espíritu vivificador a los suyos (Hch 2,

33)» (DC149). Emergen aquí los acontecimientos más importantes de la vida pública de Jesús como interrelacionados con el Espíritu Santo, quien interviene, activamente en los acontecimientos, mientras Jesús aparece como «sometido» a dicha acción, pero con una pasividad que se torna activa en la preparación a su misión, la oración y el ayuno, todos momentos que le posibilitan el discernimiento de la voluntad del Padre y hacen posible la superación de las tentaciones. Este mismo Espíritu, que «acompañó» a Jesús, es decir, se unió al espíritu de Jesús, sin confundirse con Él, Jesús lo «comunicó» como *su* Espíritu, el «Espíritu vivificador», a los suyos, es decir, a la comunidad cristiana.

Apreciamos cómo el texto se refiere a los acontecimientos más significativos en la vida del Jesús histórico, en que los evangelios permiten constatar la acción del Espíritu en el mismo Jesús, quien lo recibe, lo hace suyo y lo comunica. Esta comunicación posibilita a los suyos vivir la misma receptividad activa o actividad receptiva para con el Espíritu de Jesús, haciéndose suyas estas actitudes básicas, de estructura objetiva-subjetiva, a la vez, individual —«dos suyos»— y colectiva —comunidad. Destaca el Documento que este Espíritu de Jesús es comunicado a los suyos, de tal modo que: «A partir de Pentecostés, la Iglesia experimenta de inmediato fecundas irrupciones del Espíritu, vitalidad divina que se expresa en diversos dones y carismas (1 Co 12,1-11) y variados oficios que edifican la Iglesia y sirven a la evangelización (cfr. 1 Co 12, 28-29): Por estos dones del Espíritu, la comunidad extiende el ministerio salvífico del Señor hasta que Él de nuevo se manifiesta al final de los tiempos (cfr. 1 Co 1, 6-7)» (DC 150). La acción del Espíritu de Jesús, interiorizada por «dos suyos», se exterioriza entonces en «fecundas irrupciones del Espíritu», es decir, el DC subraya tanto la dimensión subjetiva como objetiva de la comunión del Espíritu para con la comunidad cristiana.

El texto destaca la continuidad de la acción del Espíritu en Jesús, el portador del Espíritu por excelencia, y las irrupciones del Espíritu en la comunidad cristiana, donde los diversos dones y carismas atestiguan la presencia del Espíritu y, gracias a esta presencia del Espíritu a través de sus dones, la Iglesia es edificada y se pone a disposición de la evangelización. Es llamativo el uso del texto paulino 1 Co 12, 28-29, texto que atestigua un ordenamiento jerarquizado de los dones, que se identifican con los apóstoles, los profetas y doctores. Una jerarquización¹³ cuyo carácter de donación queda mejor puesto de relieve en Ef 4, 12ss, donde los portadores de los dones del Espíritu se

¹³ A. MEIS: “Problemática de la carismática neotestamentaria”, en *Teología y Vida*, 17 (1976) 193- 208.

identifican con los mismos dones, es decir, los ministros *son constituidos* dones, como lo atestigua el texto original griego. Emerge así la estructura concreta jerarquizada de la comunidad cristiana que le da una consistencia dinámica hasta «que Él de nuevo se manifieste al final de los tiempos».

Dentro de este dinamismo histórico salvífico objetivo el Documento resalta también el aspecto subjetivo respecto de la acción del Espíritu, pues insiste en que: «los cristianos acogemos la acción del Espíritu Santo que lleva a confesar a Jesús como Hijo de Dios» (DC 157). Emerge aquí una verdad cristológica antiquísima, que no sólo subraya san Pablo en 1 Cor 12, 3, cuando insiste en que «nadie puede decir: ‘Jesús es el Señor!’ sino movido por el Espíritu Santo», una verdad que los primeros Símbolos de fe, los Credo, repiten con insistencia: el Espíritu Santo posibilita la confesión de fe en Jesús el Señor¹⁴. Llama la atención que pese a que se trata aquí de una acogida subjetiva de la verdad de Cristo de parte de los cristianos, el Documento pone el acento en un aspecto objetivo importantísimo: la confesión de fe en Jesús como Hijo de Dios congrega a los cristianos desde dentro y los constituye en comunidad eclesial, constitución válida hasta el día de hoy.

Esta verdad fundamental el DC la explicita, de modo significativo, cuando reitera que: «Su Persona y su obra son la buena noticia de salvación anunciada por los ministros y testigos de la Palabra que el Espíritu suscita e inspira» (DC 172). Resalta aquí la importancia de los ministros y testigos al servicio de la Palabra, teniendo ellos su origen en el Espíritu Santo, quien los hace «testigos de la Palabra, que el Espíritu suscita e inspira». Como en Ef 4, 12ss queda subrayado el origen gratuito de la constitución de estos ministros y testigos. En efecto, el Espíritu Santo es el origen e inspirador de un ministerio visible y concreto, totalmente centrado en la persona de Cristo. Pese a la concreción objetiva con que el Documento enfoca dicho ministerio, advierte también su dimensión subjetiva, cuando insiste en que: «El sacerdote no puede caer en la tentación de considerarse solamente un mero delegado o sólo un representante de la comunidad, sino un don para ella por la unión del Espíritu y por su especial unión con Cristo cabeza» (DC 193).

Cabe fijarse aquí en la identificación y configuración objetiva del ministerio con Cristo Cabeza en cuanto don, arraigado en la unción del Espíritu y la unión especial con Cristo. Resalta no sólo una advertencia individual del Documento para con el sacerdote de tomar en serio la acción del Espíritu en su vida de ministro consagrado, sino también se

¹⁴ Cfr. A. MEIS: *La fórmula de fe “Creo en el Espíritu Santo” en el siglo II. Su formación y significado*. Anales de la Facultad de Teología, 29 (1978), 2, Santiago 1980, 385 pp.

refiere explícitamente a la dimensión colectiva del Pueblo de Dios, que «siente la necesidad de presbíteros-discípulos que tengan una profunda experiencia de Dios, configurados con el corazón del Buen Pastor, dóciles a las mociones del Espíritu que se nutran de la Palabra de Dios, de la Eucaristía y de la oración... movidos por la caridad» (DC 199). La experiencia personal del ministro, profunda e indispensable para «configurarse con el corazón del Buen Pastor», se nutre de factores objetivos, sobre todo de la Palabra de Dios y la Eucaristía.

Cuando el Documento plantea aquí la exigencia comunitaria respecto de sus ministros, que tengan una «experiencia profunda de Dios» en la configuración con el «corazón del Buen Pastor», docilidad a «las mociones del Espíritu», emerge el ideal de sacerdote en cuanto portador del Espíritu, entregado a la Palabra de Dios, la eucaristía y la oración, pero en definitiva, «movido por la caridad». Este ideal exigente y realista es comprendido por el DC de modo muy consolador, porque tales exigencias planteadas respecto al ideal sacerdotal no se comprenden como realizables por meros esfuerzos humanos, sino sólo en el Espíritu, es decir, dicho ideal es dado, a la vez que requiere permanente actualización concreta, pues: «El encuentro con Cristo, gracias a la acción invisible del Espíritu Santo, se realiza en la fe recibida y vivida en la Iglesia» (DC 246). El Documento insiste así en la acción del Espíritu Santo, aunque «invisible», para que el «encuentro con Cristo» se dé, el cual logra realizarse sólo «en la fe recibida y vivida en la Iglesia». El texto, sin duda, entreteteje aquí, finamente, la dimensión subjetiva con la objetiva, pero comprende ambas como posibilitadas por el mismo Espíritu.

Desde la insistencia en los ministros, el Documento pasa luego a centrarse en los mismos fieles, para resaltar la dimensión más propia de su ser, es decir: «de sus hijos, para que, renovados por la fuerza del Espíritu, lo podamos llamar Padre» (DC 241). El Documento evoca la experiencia de la filiación «en la fuerza del Espíritu», que sin duda, remite a los textos paulinos más importantes, sobre todo si pensamos en Rm 8. La interacción renovadora de la fuerza del Espíritu en la vida de los cristianos, se patentiza de modo eminente en María, nuestra madre, que es hija por excelencia, pero que tiene una relación peculiar con el Padre en vista a su Hijo, pero gracias a la fuerza del Espíritu. En este sentido, el Documento recuerda la posibilidad inaudita de la acción del Espíritu Santo en el ser humano, cuando afirma: «En María nos encontramos con Cristo, con el Padre y el Espíritu Santo, como asimismo con los hermanos» (DC 267). Llama la atención la ampliación de la relación de María con el Padre, Hijo y Espíritu Santo, para con «los hermanos», es

decir, María a causa de su relación peculiar con la Trinidad, es «Madre de la Iglesia».

La posibilidad mariana de encontrarnos con Cristo, el Padre y el Espíritu en cuanto experiencia básica de la comunidad cristiana, concretada en la estructura institucional, no se realiza de una vez por todas, sino está sometida a una renovación «espiritual» incesante en cuanto institución: «de ahí nace la renovación eclesial, que implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales» (DC 367). En esta exigencia de renovación permanente el Documento está atento, pese a todo el dinamismo propio del Espíritu, a lo permanente que atraviesa las estructuras eclesiales desde sus orígenes, como ya lo podemos apreciar en la realización del primer Concilio de Jerusalén, que cita el DC diciendo: «Pareció bien al Espíritu Santo y a nosotros... (Hch 15, 28)» (DC 547).

La colegialidad del ejercicio eclesial institucional, en efecto, claramente diseñada en el recurso a la cita tan significativa de Hch 15, 28, se plasma visiblemente en el dinamismo propio del mismo acontecimiento de Aparecida y su Documento, del cual se afirma explícitamente que: «fue adquiriendo cada vez mayor densidad y madurez. El Espíritu de Dios fue conduciéndonos suave pero firmemente, hacia la meta» (DC 547). Impresiona la convicción profunda de los obispos en Aparecida de que el Espíritu de Dios los fue conduciendo hacia una mayor densidad y madurez. Llama la atención que el Documento describa el modo de esta conducción como «suave, pero firme» hacia «la meta», es decir, los obispos se niegan a ceder a las presiones mundanas de ostentar resultados llamativos de un encuentro importantísimo para la Iglesia en América Latina, encuentro del todo histórico para la Iglesia institución y comunión a la vez.

En síntesis, el Espíritu Santo se hace presente en la índole institucional de la comunidad cristiana, de modo individual y colectivo, es decir, subjetivo y atento a la objetividad de las estructuras. Es Él quien posibilita la maduración y profundización de la comunidad cristiana hacia una mayor densidad y visibilidad. La índole suave y firme del proceder del Espíritu en las personas que constituyen la institución eclesial articula el modo respetuoso del Espíritu para con la libertad del ser humano y sus expresiones vitales. Esto nos lleva a descifrar la acción unificadora de este mismo Espíritu al interior de la comunidad.

3. La acción unificadora del Espíritu Santo al interior de la comunidad cristiana

El Documento conclusivo de Aparecida ofrece, sin duda, una elaboración nítida de la acción del Espíritu Santo en los miembros sujetos de la comunidad y la índole institucional de dicha comunidad, pero aborda dicha acción con preferencia y detalles significativos cuando reflexiona sobre ella al interior de la comunidad cristiana. Se acerca, pues, a dicha acción desde constataciones generales de un reconocimiento de «la acción del Espíritu Santo» «en todo ello» (DC 9), para puntualizar luego, su presencia en la tradición latinoamericana, ya que «hombres y mujeres encarnan dicha tradición y novedad», de tal modo que se transforman en: «protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu» (DC 11). De hecho, es decisiva para toda innovación la «luz y fuerza del Espíritu».

Esta acción del Espíritu conlleva «alegría», este momento cumbre de toda convivencia humana y más todavía cuando se encuentra enraizada en el origen trinitario, pues el Documento afirma: «Nuestra alegría, pues, se basa en el amor del Padre, en la participación en el misterio pascual de Jesucristo, quien, por el Espíritu Santo, nos hace pasar de la muerte a la vida, de la tristeza al gozo, del absurdo al modo sentido de la existencia, del desaliento a la esperanza que no defrauda» (DC 17). Resalta, con fuerza, la alegría en cuanto momento cumbre de la comunidad cristiana, gracias a que ella pasa de la muerte a la vida, es decir, concreta su experiencia pascual por medio de aquella alegría que impregna todo el acontecer en Aparecida como índole propia¹⁵.

Esta alegría tiene expresiones concretas, que el Documento describe detalladamente al referirse al método que asume Aparecida como el «camino» cierto hacia los frutos deseados: «La adhesión creyente, gozosa y confiada en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y la inserción eclesial, son presupuestos indispensables que garantizan la eficacia de este método (ver, juzgar y actuar)» (DC 19). Tal certeza metódica, proveniente de la guía del Espíritu Santo, sin embargo, no lleva a que la comunidad, se considere impecable, pues el Documento admite: «Nos reconocemos como comunidad de pobres pecadores, mendicantes de la misericordia de Dios, congregada, reconocida, unida enviada por la fuerza de la resurrección de su Hijo y la gracia de conversión del Espíritu Santo» (DC 100h). Es importante aquí resaltar que el reconocimiento de

¹⁵ No cabe duda de que la alegría impregna profundamente todo el acontecer en Aparecida. Cfr. F. J. Cardenal ERRÁZURIZ: “A un año de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe”, en *Humanitas*, 50 (2008), 242-264.

«ser pecadores» articula una convicción profunda de «conversión». No cabe duda de que la conversión es gracia, que en gran parte sobrepasa las fuerzas meramente humanas. De ahí que el DC insiste en que es «gracia» del Espíritu Santo.

Tal reconocimiento de la necesidad de la acción del Espíritu Santo no es destructor para la libertad e iniciativa humana, sino profundamente liberador, como lo resaltan dos citas bíblicas que el Documento comenta, pues «sabemos que sus palabras son Espíritu y Vida (Jn 6, 63.68)» (DC 103). Estas «palabras», que «son Espíritu y Vida» llevan a reafirmar que lo «alabamos porque ahora continúa derramando su amor en nosotros por el Espíritu Santo y alimentándonos con la Eucaristía» (DC 106). Las citas joánicas son complementadas así por Rm 5, 5, interrelacionando la acción del Espíritu Santo con el amor que acontece en la Eucaristía. De ahí que, a continuación, el Documento insista en el momento decisivo de toda comunidad cristiana: la configuración con Jesucristo. Esta configuración, sin duda, es obra del Espíritu Santo, pues: «El Espíritu Santo que el Padre nos regala, nos identifica con Jesús Cristo-Camino, abriéndonos a su misterio de salvación para que seamos hijos suyos y hermanos unos de otros; nos identifica con Jesús-Verdad, enseñándonos a renunciar a nuestras mentiras y propias ambiciones, y nos identifica con Jesús-Vida, permitiéndonos abrazar su plan de amor y entregarnos para que otros tengan vida» (DC 137).

No cabe duda de que esta configuración e identificación del discípulo con Cristo, «camino», «verdad» y «vida» es fruto de la acción del Espíritu Santo —un acontecimiento complejo que involucra tanto a cada uno como a la comunidad entera—, como lo describe el Documento en los siguientes detalles: «La Iglesia, en cuanto marcada y sellada ‘con Espíritu Santo y fuego’ (Mt 3, 11) continúa la obra del Mesías, abriendo para el creyente las puertas de la salvación (cfr. 1 Co 6, 11). Pablo lo afirma de este modo: ‘Ustedes son una carta de Cristo redactada por ministerio nuestro y escrita no con tinta sino con el Espíritu de Dios vivo (2 Co 3, 3). El mismo y único Espíritu guía y fortalece a la Iglesia en el anuncio de la Palabra, en la celebración de la fe y en el servicio de la caridad, hasta que el Cuerpo de Cristo alcance la estatura de su Cabeza (cfr. Ef 4, 15-16). De este modo, por la eficaz presencia de su Espíritu, Dios asegura hasta la parusía su propuesta de vida para hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares, impulsando la transformación de la historia y sus dinamismos» (DC 151). Aquí emerge la estructura eclesial en su globalidad subjetiva objetiva y jerárquicamente estructurada, pero guiada y fortalecida por el Espíritu Santo, cuya presencia se revela en cuanto eficaz, es decir, vivificadora.

Tal acción vivificadora del Espíritu Santo, descrita en sus alcances objetivos externos, es comprendida luego de modo interiorizado cuando el Documento insiste: «Jesús nos transmitió las palabras de su Padre y es el Espíritu quien recuerda a la Iglesia las palabras de Cristo (cfr. Jn 14, 26). Ya, desde el principio, los discípulos habían sido formados por Jesús en el Espíritu Santo (cfr. Hch 1, 2); es, en la Iglesia, el Maestro interior que conduce al conocimiento de la verdad total, formando discípulos y misioneros. Esta es la razón por la cual los seguidores de Jesús deben dejarse guiar constantemente por el Espíritu (cfr. Ga 5, 25). Y hacer propia la pasión por el Padre y el reino: anunciar la Buena Nueva a los pobres, curar a los enfermos, consolar a los tristes, liberar a los cautivos y anunciar a todos el año de gracia del Señor (cfr. Lc 4, 18-19)» (DC 152). A través de los textos bíblicos relevantes resalta aquí la dimensión multifacética de la acción del Espíritu Santo al interior de la comunidad cristiana y sus miembros.

El Documento describe tal acción del Espíritu en términos de san Agustín, al designarla propia del «Maestro interior», un papel que el mismo Agustín reserva para Cristo. Pese al énfasis en la dimensión interna, aquí no se trata de un ensimismarse, sino el acento está puesto en que los miembros se hagan cada vez más capaces de comprender la verdad total de Jesucristo en cuanto discípulos suyos, de tal modo que se sientan impulsados a la misión —misión enraizada, profundamente, en una intensa experiencia comunitaria, ligada a los sacramentos: «Esta realidad se hace presente en nuestra vida por obra del Espíritu Santo que, también, a través de los sacramentos, nos ilumina y vivifica. En virtud del Bautismo y la Confirmación, somos llamados a ser discípulos misioneros de Jesucristo y entramos a la comunión trinitaria en la Iglesia, la cual tiene su cumbre en la Eucaristía, que es principio y proyecto de misión del cristiano. Así, pues, la Santísima Eucaristía lleva la iniciación cristiana a su plenitud y es como el centro y fin de toda vida sacramental» (DC 153). Resalta aquí una estrecha interrelación de la acción del Espíritu Santo con la comunidad cristiana en los momentos centrales de su vida comunitaria, que compenetran los aspectos de índole objetiva con aspectos subjetivos relevantes como «nuestra vida».

Emerge así la Eucaristía como momento cumbre de la vida obrada por el Espíritu Santo en la comunidad cristiana, junto con los restantes sacramentos de iniciación en cuanto «principio y proyecto de misión del cristiano». De hecho, se «abre el horizonte para el ejercicio cotidiano de la comunión a través de la cual los dones del Espíritu Santo son puestos a disposición de los demás para que circule la caridad (1 Co 12, 4-12)... Cada comunidad está llamada a descubrir e integrar los talentos escondidos y silenciosos que el Espíritu regala a los fieles» (DC 162).

Llama la atención el fuerte énfasis en los carismas individuales que se ponen al servicio de la comunión en una experiencia comunitaria profunda y jerarquizada, tal como Pablo lo destaca en 1 Co 12, 4-12, el texto clásico de la carismática neotestamentaria fundada en el Misterio trinitario como misterio de unión en la multiplicidad. Se trata de una comunión sostenida en la caridad y como tal siempre en gestación.

La acción del Espíritu Santo en interrelación con la caridad entonces capacita para un amor particularmente individualizado, es decir, un aporte comunitario basado en los talentos de cada uno de los miembros de la comunidad. Se trata de una experiencia cotidiana, aspecto que el Documento todavía subraya, cuando afirma: «Esto opera en la vida diaria ‘dentro y a través de los hechos, las dificultades, los acontecimientos de la existencia de cada día’. El Espíritu, que todo lo hace nuevo, actúa aun dentro de situaciones irregulares en las que se realiza un proceso de transmisión de la fe, pero hemos de reconocer que, en las actuales circunstancias, a veces este proceso se encuentra con bastantes dificultades» (DC 204). Es consoladora la manera como el DC describe la experiencia cotidiana de la comunidad cristiana, que en sus dificultades y desafíos confía en el Espíritu Santo, quien «hace todo nuevo».

Esta novedad permanente, ligada interiormente a la experiencia individual comunitaria de los miembros de la comunidad cristiana, se proyecta exteriormente, en el sorprendente surgimiento de «nuevas formas de vida consagrada», que el Documento destaca cuando insiste en que «El Espíritu Santo sigue suscitando nuevas formas de vida consagrada en la Iglesia, las cuales necesitan ser acogidas y acompañadas en su crecimiento y desarrollo en el interior de las Iglesias locales» (DC 222). Resulta importante que estas formas nuevas visibilizadas ante el mundo, sean «acogidas» y «acompañadas en su crecimiento»; es decir, se observa una dinámica desde fuera hacia adentro, esto es, inverso a lo indicado anteriormente respecto a la integración de los miembros en su comunidad.

La acción del Espíritu Santo, que se gesta desde dentro hacia afuera y desde fuera hacia adentro, no se deja reglamentar en su novedad, pero nunca es caótica, sino siempre conserva un orden que configura la comunión diversificada desde dentro a partir de la colaboración particular de cada uno de los miembros de la comunidad. No cabe duda de que esta acción tanto del Espíritu como de los fieles, se nutre de «la Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo» (DC 247), de tal modo que el Documento constata: «Allí el Espíritu Santo fortalece la identidad del discípulo y despierta en la decidida voluntad de anunciar con audacia a los demás lo que ha escuchado y vivido» (DC 251). El Espíritu Santo entonces vivifica y fortalece la vida cristiana, centrada en

la Palabra de Dios, es decir, actualiza y orienta lo recibido objetivamente para un darse subjetivamente sin interrupción.

De ahí que el Documento advierte: «Pero eso sólo puede suceder si valoramos positivamente lo que el Espíritu Santo ha sembrado (La piedad popular)» (DC 262), es decir, no se trata de procesos automáticos, que se generan al azar, sino que requieren de la libertad, esto es, la voluntad de reconocer el don recibido del Espíritu. De tal forma, el Documento no deja lugar a duda de que «Los nuevos movimientos y comunidades son un don del Espíritu Santo para la Iglesia» (DC 311). Esto, por su parte, conlleva la necesidad de «cultivar la esperanza como Él nos enseña y a vivir en Él la comunión con el Padre y el Espíritu Santo. Por la fecundidad misteriosa de esta referencia, la persona se construye en unidad existencial, o sea, asume sus responsabilidades y busca el significado último de su vida» (DC 336). Se trata de un acontecer «existencial», singularmente significativo ya que no sólo aparece una vez más el origen trinitario de la comunidad cristiana, que nutre su esperanza por este misterio, sino también emerge la «fecundidad», siempre «misteriosa», fecundidad, que como «el mérito» involucra tanto recibir el don como asumir la responsabilidad en la búsqueda del «Significado último de su vida».

Dicho significado, enfatizado por el Documento, adquiere facetas hasta tiernas, luego, cuando los obispos se refieren al «acontecimiento de la presentación en el templo... nos pone ante encuentro de generaciones: los niños y los ancianos. El niño que se asoma a la vida, asumiendo y cumpliendo la ley y los ancianos que la festejan con el gozo del Espíritu Santo. Niños y ancianos construyen el futuro de los pueblos» (DC 447). Impresiona el amplio encuadre «generacional», que el Documento ofrece respecto de la acción del Espíritu Santo, quien, permanentemente, abre el momento presente de la vida cotidiana a una proyección de futuro esperanzador.

Sintetizando: la acción vivificadora del Espíritu Santo al interior de la comunidad cristiana se verifica, en grado cada vez mayor, como una confluencia significativa de factores objetivos y subjetivos para una *koinonia* de vida natural y sobrenatural de los discípulos, quienes, por eso, se ven impulsados hacia afuera y urgidos por el Espíritu Santo a la misión.

4. La urgencia misionera de la comunidad cristiana bajo el impulso del Espíritu Santo

La descripción detallada de la vida cristiana intensamente gestionada al interior de la comunidad se abre, de hecho, desde dentro a la misión hacia afuera. Los indicios, ya señalados, son retomados y explicitados desde un comienzo por el mismo Documento, cuando este le da plasticidad a aquel empuje misionero que caracteriza todo el acontecimiento de Aparecida. Recuerda el Documento como «elevamos al Espíritu Santo nuestra súplica confiada para que redescubramos la belleza y la alegría de ser cristianos...». Luego, prosigue en la convicción profunda de que «No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en la Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante todas las dificultades y resistencias» (DC 14). Emerge aquí un significativo conjunto de aspectos fundamentales que constituyen la misión del cristiano a partir de su comunidad. En efecto, se trata de un «tesoro», acompañado por la «dicha» de «ser instrumentos del Espíritu Santo», es decir, puestos al servicio de una tarea muy importante «en la Iglesia», no de un capricho o una pretensión autovalente, sino de un gran contenido vital, es decir, que «Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos». La meta es clara y como tal apunta al «encuentro», que involucra el «seguimiento» y, más todavía, «la adoración». Llama la atención que lo señalado, que se expresa en actitudes subjetivas, tenga por cumbre la «adoración» e interrelacionada con ella, el anuncio y la comunicación objetivos a todos.

Este hermosísimo texto centrado en el descubrimiento de la belleza y la alegría de ser cristianos, indica tanto el fundamento como la meta de la misión, de tal modo que el Documento a continuación insiste en que los cristianos son: «animados por el Espíritu Santo, Espíritu vivificador, alma y vida de la Iglesia. Él ha sido derramado en nuestros corazones, gime e intercede por nosotros, nos fortalece con sus dones en nuestro camino de discípulos y misioneros» (DC 23). Resalta el total arraigo de la misión de los «discípulos» en el Espíritu Santo como el «alma y la vida de la Iglesia» —una expresión muy sugerente, aunque se preste a equívocos, si uno la estrecha—, dado, «derramado», de tal forma que «gime e intercede por nosotros». El Documento sintetiza aquí Rm 5, 5 y 8, 26-27 para evocar «sus dones», que efectivamente nos «fortalecen», como lo avalan muchos textos tanto neo como veterotestamentarios. Por su parte la misión se comprende en forma dinámica como un camino de discípulos y misioneros, es decir, personalizada en rostros concretos.

Llama la atención el permanente nexo que establece el Documento entre el discípulo y el misionero, siendo el discipulado el fundamento de toda acción misionera. Esto lo recalca el Documento, con más fuerza todavía, cuando insiste: «Como discípulos de Jesucristo, nos sentimos interpelados a discernir los ‘signos de los tiempos’, a la luz del Espíritu Santo, para ponernos al servicio del Reino, anunciado por Jesús, quien vino para que todos tengan vida y ‘para que la tengan en plenitud’ (Jn 10,10)» (DC 33). Se patentiza una logicidad fina, que hila los acontecimientos fundantes de la misión: el ser discípulo de Jesucristo, la interpelación, que provoca la misión, la necesidad de «discernir los signos de los tiempos», la luz del Espíritu Santo, el servicio del reino, su origen en Jesucristo, la vida abundante.

Resalta así la continuidad entre la misión del discípulo y la de Cristo, continuidad establecida en y por el Espíritu Santo. Este realce pneumatológico adquiere mayor relieve cuando el Documento afirma: «El Espíritu en la Iglesia forja misioneros decididos y valientes como Pedro (cfr. Hch 4, 13) y Pablo (cfr. Hch 13, 9), señala los lugares que deben ser evangelizados y elige a quiénes deben hacerlo (cfr. Hch 13, 2)» (DC 150). Se aprecia un énfasis en que la misión requiere de personas fuertes, forjadas como «misioneros decididos y valientes» «como Pedro» —un ejemplo que junto con la valentía evoca también la debilidad humana, siempre presente en el misionero. Más significativo resulta, luego, que el Documento insista en el hecho de que el Espíritu Santo «señala los lugares que deben ser evangelizados», lo mismo que «elige a quienes deben hacerlo». No cabe duda de que la difícil misión, humanamente imposible, se ve orientada, profundamente, por la acción orientadora y fundante del mismo Espíritu Santo.

Pero el Documento precisa su insistencia en la obra del Espíritu Santo en cuanto condición de posibilidad, cuando evoca la partida del Señor Resucitado para la realización de la misión en cuanto misión al servicio de la Vida, que es Él mismo, es decir, la misión tiene un fundamento histórico salvífico nítido y se realiza a través de la Iglesia. El DC insiste, por eso, en el origen fundante de la misión, resaltando sus facetas cristológicas: «Por tanto el Señor sigue derramando hoy su Vida por la labor de la Iglesia», «con ‘la fuerza del Espíritu Santo enviado desde el cielo’ (1Pd 1, 12)». Hay «una clara continuidad», aunque discontinua entre la misión que Jesucristo «recibió de su Padre (cfr. Jn 20, 21)» (DC 151) y la de la Iglesia que Jesucristo les entregó a los suyos y que ellos llevan a cabo en «la fuerza del Espíritu Santo enviado desde el cielo».

Se trata, sin duda, de una tarea colectiva en cuanto propia de la Iglesia, pero a la vez individual, pues involucra a cada miembro en

particular, lo que el DC no se cansa de resaltar. De todos modos, esta misión colectiva individual brota desde un lugar concreto, la parroquia, y como tal se abre por medio del envío de todos hacia todos, como hace ver el Documento, de modo insistente, cuando se refiere a «todos los miembros de la comunidad parroquial» y explica: «El Espíritu Santo, que actúa en Jesucristo, es también enviado a todos en cuanto miembros de la comunidad, porque su acción no se limita al ámbito individual, sino que abre siempre a las comunidades a la tarea misionera, así como ocurrió en Pentecostés (Hch 2, 1-13)» (DC 171). El modelo evocado del acontecer misionero, Pentecostés, no podría ser más significativo, ya que permite apreciar todas las facetas propias de la misión fundada en la acción del Espíritu Santo.

Así el Documento recalca la misión comunitaria desde la parroquia, pero en cuanto se abre a todo tipo de comunidad, sobre todo, cuando se trata de la vida consagrada, cuyas formas nuevas reconoció el Concilio Vaticano II. El Documento subraya de este modo: «La vida consagrada es un don del Padre por medio del Espíritu a su Iglesia y constituye un elemento decisivo para su misión» (DC 218). Se hace notar aquí todo el aprecio de Aparecida por un estilo particular concreto de vida consagrada al servicio de la misión. Pero el Documento no se detiene con esto, sino va más lejos aún en lo que se refiere a la acción del Espíritu Santo interrelacionada con la misión, pues recuerda: «Hace más de cuarenta años el Concilio Vaticano II reconoció la acción del Espíritu en el movimiento por la unidad de los cristianos» (DC 231). Se trata por cierto de una de las verdades más desafiantes en el contexto latinoamericano, si pensamos en la enorme diversidad de confesiones de fe cristiana existentes en cada uno de los países involucrados y llamados a la misión continental.

De este modo, el Documento vuelve sobre la misma necesidad y urgencia misionera basada en la acción del Espíritu Santo cuando se refiere al movimiento ecuménico, dedicado a la «promoción de la unidad de los cristianos, asumida por las Conferencias Episcopales y expresa el deseo de que este movimiento se consolide y fructifique bajo la luz del Espíritu Santo» (DC 232)... «por el soplo del Espíritu Santo y otros medios de Dios conocidos, la gracia de Cristo puede alcanzar a todos los que Él redimió, más allá de la comunidad eclesial» (DC 238). El Documento evoca a la luz de una paráfrasis de GS 22 la confianza de que el Espíritu Santo actúe «más allá de la comunidad eclesial», de tal modo que «la gracia de Cristo pueda alcanzar a todos los que Él redimió» —«de modo invisible», afirma el Vaticano II, para resaltar la soberanía del actuar de Dios por encima de nuestra curiosidad por saber quiénes se salven. Lo que interesa es más bien la posibilidad real, que Dios ofrece a

todos y que se concreta por medio del Espíritu Santo, quien los asocia —«son asociados», según GS 22.

Así, resultan significativas las conclusiones que saca el Documento, cuando sintetiza la actividad misionera por medio de AG 2, diciendo: «La Iglesia peregrinante es misionera por naturaleza, porque toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio del Padre» (DC 336), es decir, una vez más resalta el origen trinitario de la misión, cuyo agente principal es el Espíritu Santo. El Documento repite el mismo contenido, cuando insiste: «La Iglesia peregrinante es misionera por naturaleza, porque toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu, según el designio del Padre» (DC 347). Con esto el movimiento argumentativo del Documento de Aparecida, del todo circular, regresa a su origen, desde donde proviene; se cierra para abrirse de nuevo hacia otros horizontes, siempre anticipando el Espíritu Santo.

De ahí que el gran anhelo de los discípulos misioneros expresados por el DC, consiste en contar siempre con la acción del Espíritu Santo y su anticipación pues el Documento concluye: «Como discípulos misioneros, queremos que el influjo de Cristo llegue hasta los confines de la tierra. Descubrimos la presencia del Espíritu Santo en tierras de misión mediante signos» (DC 374). Aquí, finalmente, la insistencia misionera del DC se abre también a la misión *ad gentes*, preocupación principal de toda actividad misionera. El Espíritu Santo, sin duda, está ya actuando «en tierras de misión», pero hay que descubrir su «presencia», de tal modo que «el influjo de Cristo llegue hasta los confines de la tierra». Resalta aquí, sin duda, la vital presencia anticipadora del Espíritu Santo en la actividad misionera y que requiere sea llevada a su consumación definitiva a través de un proceso complejo de maduración, llevado a cabo por el mismo Espíritu Santo, en la medida en que los discípulos misioneros colaboran con la iniciativa de Dios.

Sintetizando: puede apreciarse la insistencia del Documento en la misión de la comunidad cristiana y cada uno de sus miembros, hacia fuera, es decir, dentro del mismo continente y más allá de él hacia los confines de la tierra —misión que parte de la experiencia de ser discípulo de Jesucristo, el misionero por excelencia, pero capacitado e impulsado por el agente principal de toda misión, el Espíritu Santo.

A modo de conclusión

Podemos constatar que la relación entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana se gesta fundamentalmente como dinamismo misionero, que impulsa a la comunidad, constituida como unidad dada,

proveniente de la misma Trinidad como su origen fundante dado, pero no acabado en su concreción histórica. Es decir, «en el Espíritu» se hace realidad la comunión del Padre y del Hijo en y por medio de los discípulos. Lo cual se plasma en la experiencia desbordante y gratuita de gozo y alegría, que Aparecida no se cansa de destacar, cuando se refiere al «espíritu alegre de nuestros pueblos» (DC 106).

Este dinamismo misionero, que impulsa a los discípulos más allá de las fronteras, -aunque de repente les falta a los discípulos hasta «espíritu misionero en miembros del clero...» (DC 100e), constata el Documento, no sólo urge traspasar los límites de la comunidad cristiana y su familiaridad interna y encontrarse con la sorpresa de que el Espíritu Santo ya está actuando donde menos se espera, sino también centrarse en la convivencia concreta diaria de los discípulos, que anima y fortifica el mismo Espíritu Santo. El Documento describe sin duda esta animación interna con mucha delicadeza e insistencia, dedicándole muchos números explícitos en su argumentación bastante concreta, ya que «es necesario que el laico sea tenido muy en cuenta con un espíritu de comunión y participación» (DC 213). Se nota un verdadero desborde de gratuidad, cuando el Documento se refiere a la relación de uno con el otro, es decir aquella libertad creadora tan propia del Espíritu Santo, que siempre despierta novedades inauditas, porque al Espíritu Santo nunca se le acaban las ideas.

Pese a la fuerte irrupción subjetiva que se manifiesta a través de los dones más diversos, presentes en la comunidad cristiana, el testimonio objetivo del Espíritu, que da credibilidad al Padre y al Hijo, se prolonga en la estructura institucional, propia de la dimensión cristológica y se verifica a través de la fe recibida, la caridad vivida y la esperanza ya iniciada, pero tendida hacia el cumplimiento de las promesas eternas, que atestiguan los discípulos en la fuerza del Espíritu Santo. De este modo, el Documento esboza, magistralmente, la estructura eclesial, cuando se refiere a cada diócesis e insiste en que «con espíritu materno, está llamada a salir en búsqueda de todos los bautizados que no participan en la vida de las comunidades cristianas» (DC 168). Se plasma así una ligazón profunda entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana a modo del cuerpo animado por el espíritu. Pero más significativa me parece la referencia de Aparecida al Espíritu Santo como «Maestro interior», pues explica la profundidad dinámica entre la Palabra de Dios y nuestra comprensión siempre nueva.

Cabe constatar, finalmente, que no podemos agotar la riqueza teológica con que Aparecida explica la relación entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana, pero sí podemos destacar que esta riqueza no tiene otra explicación sino en el origen fundante de la comunidad

crisiana, que se constituye como donación incesante del Padre al Hijo, no reservándose nada para sí, sino sólo el ser Padre, como también del Hijo, quien devuelve todo al Padre, sin dejar de ser Hijo, pero vaciándose sempiternamente en bien de sus hermanos por medio de una *kenosis* de sí mismo, que se ha hecho realidad en la historia de la salvación. Cabe concluir entonces que el Espíritu Santo no se vacía —no tiene *kenosis*—, a diferencia del Padre y del Hijo —lo cual, sin duda, se debe a que dicho Espíritu es bondad, la bondad por excelencia, que como tal desborda en la comunidad crisiana hacia una novedad cada vez mayor de formas y concreciones inauditas.

Sumario: 1. El Espíritu Santo, origen fundante de la comunidad crisiana; 2. La articulación cristológica de la relación entre el Espíritu Santo y la comunidad crisiana; 3. La acción unificadora del Espíritu Santo al interior de la comunidad crisiana; 4. La urgencia misionera de la comunidad crisiana bajo el impulso del Espíritu Santo; A modo de conclusión.